

Aquel que danza en la oscuridad

Ediciones Efímeras



Pedro Belushi
Santiago Eximeno

AQUEL QUE DANZA EN LA OSCURIDAD

© 2005 Pedro Belushi por las ilustraciones

© 2005 Santiago Eximeno por el texto

© 2005 Ediciones Efímeras

Todos los derechos reservados

<http://www.edicionesefimeras.com>

Impreso en España

Printed in Spain

Los grillos. Aquellos pequeños insectos, emitiendo a mi alrededor aquel sonido agudo y monótono, perturbando mi paz interior. Los grillos. Ahora tan silenciosos. Tan quietos. Envuelto en aquel extraño momento de absoluto silencio, sentí el cuerpo de la niña a escasos centímetros de mi mano derecha, sobre la hierba. No me sobresalté. Como en las anteriores ocasiones, los recuerdos me asaltaron con prudencia; no querían hacerme daño. Ya era noche cerrada. La luna apenas era perceptible más allá de las copas de los árboles que me rodeaban. Me incorporé lentamente, observando el resultado de mis actos. La niña –que no debía detener más de trece años– yacía a mi lado. Su desnudez me turbó, y supe que no tardaría en ser invadido de nuevo por mis aberrantes impulsos si no dejaba de mirarla. A pesar de ello, no pude apartar la vista de sus pequeños senos, de sus muslos, de su sexo. Estaba muerta. Lo sabía. Y aquel conocimiento aumentaba mi morbosa excitación. La muerte. Y la sangre. La sangre que manchaba sus muslos y su dorado vello púbico.

—Los grillos... —musité; era importante, pero no sabía por qué.

Una suave brisa nocturna acarició mi cuerpo, y descubrí que yo también estaba desnudo. No había sido consciente de ello hasta ese momento. Encontré mi ropa bajo un árbol cercano, doblada pulcramente. Mientras me vestía, mis ojos no dejaban de mirar el delicado cuerpo de la niña, apenas a unos pasos de mí. Era la sexta. Y había sido la mejor. Pronto todo acabaría. Pronto descubrirían quién era. Pero hasta que ocurriera, supe que tendría tiempo de repetirlo. Quizá dos o tres veces más. Me arrodillé con cuidado y recé en silencio, los ojos cerrados. Di gracias a Dios por su misericordia. Por su amor. Por su tiempo. Por aquellas preciosas niñas que alegraban mi vida. Por sus vidas. Por su sufrimiento. Mi placer.



Abrí los ojos. Los grillos se mantenían en aquel intranquilo silencio, a la expectativa. No estaba solo. Alguien los había puesto alerta. Maldita sea. ¿Un testigo de mis atrocidades, o un simple paseante nocturno? Debía comprobarlo. Desde el lugar en el que me encontraba, la visibilidad del parque era casi absoluta. La pequeña colina lo dominaba en toda su extensión, desde el ridículo puente de piedra sobre el lago hasta el quiosco de helados, cerrado a estas intempestivas horas. Nadie me acechaba. Nadie me perseguía. Caminé de puntillas hasta el cadáver, intentando hacer el menor ruido posible. Quería verla una vez más antes de marcharme. En el fondo soy un romántico. En cuclillas, con su mano entre las mías, miré su rostro. Su gesto tranquilo, con los ojos cerrados y la boca formando una imperceptible sonrisa, hizo que durante un momento pensase que estaba dormida. Sonreí y aparté el pelo de su frente, extasiado. Era tan bonita. Tan dulce. Pero ya era tarde. Hora de irse. Entonces lo vi. Y supe que algo marchaba mal.

Surgió de detrás de unos árboles cercanos, a unos quince metros de nosotros. Por su altura y complexión me pareció un hombre, aunque la oscuridad no me permitía discernir sus rasgos. Parecía no llevar ropa alguna, y noté que la luz de la luna dotaba a su piel de una extraña fosforescencia, como si su cuerpo hubiera sido recubierto con pintura plateada. Pero todo aquello no me hubiera amedrentado. Lo que resultaba sin duda alarmante era su comportamiento. Estaba... bailando. Al menos, esa fue la conclusión que obtuve al observar con detenimiento sus locas cabriolas y sus exagerados movimientos.



—¡Eh, usted! —grité, tratando de impresionarle.

Él no mostró ningún interés en mi persona. Estaba concentrado en aquella danza sin sentido alguno para mí. Bailaba y bailaba sin parar, saltando de un lado a otro mientras agitaba espasmódicamente sus brazos y realizaba ridículos movimientos de cabeza. ¿Estaba burlándose de mí? ¿Quería provocarme? Si lo que pretendía era enfadarme, lo había conseguido.

—¡Tú, hijo de puta! ¡Ven aquí ahora mismo!

Avancé hacia él sin reparos; me invadía el odio. Sin duda aquel chiflado lo había visto todo. Iba a tener que cerrarle la boca para siempre. Noté entre mis dedos la afilada navaja que siempre llevaba en el bolsillo y me vi, a mí mismo, hundiendo la hoja una y otra vez en el cuerpo de aquel tipo. En ese mismo instante una punzada de miedo atravesó mi corazón. Ahora podía verle con toda claridad, ejecutando su obsesiva danza sin detenerse jamás. Ahora podía ver su rostro. Su rostro.

Recuerdo que a la mañana siguiente una joven pareja encontró mi cuerpo. Apenas unos minutos después llegó el primer policía. Todo era un caos. Cubrieron mi cadáver y el de la niña con un plástico negro, mientras la multitud se agolpaba alrededor de la tragedia. Nadie sabía nada. Nadie había visto nada. Ávidos periodistas tomaban fotos de los cuerpos. Uno de ellos interrogaba a todos los presentes con evidente falta de tacto. No presté atención a las conversaciones.

Estaba demasiado preocupado con mi nueva vida.

Con mi nueva existencia.

Con la danza.



Ediciones Efímeras

<http://www.edicionesefimeras.com>

© 2005 Pedro Belushi y Santiago Eximeno